

EUSEBIO DE CESAREA

Historia Eclesiástica

Los textos que siguen han sido tomados del texto publicado, con versión castellana, introducción y notas, por A. VELASCO DELGADO, *Eusebio de Cesarea. Historia Eclesiástica*, BAC nn. 349 y 350, Madrid 1973.

El propósito del autor:

Es mi propósito consignar las sucesiones de los santos apóstoles y los tiempos transcurridos desde nuestro Salvador hasta nosotros; el número y la magnitud de los hechos registrados por la historia eclesiástica y el número de los que en ella sobresalieron en el gobierno y en la presidencia de las iglesias más ilustres, así como el número de los que en cada generación, de viva . voz o por escrito, fueron los embajadores de la palabra de Dios; y también quiénes y cuántos y cuándo, sorbidos por el error y llevando hasta el extremo sus novelorías, se proclamaron públicamente a sí mismos introductores de una mal llamada ciencia y esquilmaron sin piedad, como lobos crueles, al rebaño de Cristo; y además, incluso las desventuras que se abatieron sobre toda la nación judía en seguida que dieron remate a su conspiración contra nuestro Salvador, así como también el número, el carácter y el tiempo de los ataques de los paganos contra la divina doctrina y la grandeza de cuantos, por ella, según las ocasiones, afrontaron el combate en sangrientas torturas; y además los martirios de nuestros propios tiempos y la protección benévola y propicia de nuestro Salvador. Al ponerme a la obra, no tomaré otro punto de partida que los comienzos de la economía de nuestro Salvador y Señor Jesús, el Cristo de Dios.

Mas, por esto mismo, la obra está reclamando comprensión benevolente para mí, que declaro ser superior a nuestras fuerzas el presentar acabado y entero lo prometido, puesto que somos por ahora los primeros en abordar el tema, como quien emprende un camino desierto y sin hollar. Rogamos tener a Dios por guía y el poder del Señor como colaborador, porque de hombres que nos hayan precedido por nuestro mismo camino, en verdad, hemos sido absolutamente incapaces de encontrar una simple huella; a lo más, únicamente pequeños indicios en los que, cada cual a su manera, nos han dejado en herencia relatos parciales de los tiempos transcurridos y de lejos nos tienden como antorchas sus propias palabras; desde allá arriba, como desde una atalaya remota, nos vocean y nos señalan por dónde hay que caminar y por dónde hay que enderezar los pasos de la obra sin error y sin peligro.

Por lo tanto, nosotros, después de reunir cuanto hemos estimado aprovechable para nuestro tema de lo que esos autores mencionan aquí y allá, y libando, como de un prado espiritual, las oportunas sentencias de los viejos autores, intentaremos darle cuerpo en una trama histórica y quedaremos satisfechos con tal de poder preservar del olvido las sucesiones, si no de todos los apóstoles de nuestro Salvador, siquiera de los más insignes, que aún hoy en día se recuerdan en las Iglesias más ilustres.

Tengo para mí que es de todo punto necesario el que me ponga a trabajar este tema, pues de ningún escritor eclesiástico sé, hasta el presente, que se haya preocupado de este género literario. Espero, además, que se mostrará utilísimo para cuantos se afanan por adquirir sólida instrucción histórica.

Ya anteriormente, en los *Cánones cronológicos* por mí redactados, compuse un resumen de todo esto, pero, no obstante, voy en la obra presente a lanzarme a una exposición más completa.

Y comenzaré, según dije, por la economía y la teología de Cristo, que en elevación y en grandeza exceden al intelecto humano.

Y es que, efectivamente, quien se ponga a escribir los orígenes de la historia eclesiástica deberá necesariamente comenzar por remontarse a la primera economía de Cristo mismo -pues de Él precisamente hemos tenido el honor de recibir el nombre- más divina de lo que a muchos puede parecer.

(1,1; BAC 349, 4-7)

Las Sagradas Escrituras:

Llegados aquí, es razón de recapitular los escritos del *Nuevo Testamento* ya mencionados. En primer lugar hay que poner la tétrada santa de los *Evangelios*, a los que sigue el escrito de los *Hechos de los Apóstoles*.

Y después de éste hay que poner en lista las *Cartas* de Pablo. Luego se ha de dar por cierta la llamada *1 de Juan*, como también la *de Pedro*. Después de éstas, si parece bien, puede colocarse el *Apocalipsis de Juan*, acerca del cual expondremos oportunamente lo que de él se piensa.

Éstos son los que están entre los admitidos. De los libros discutidos, en cambio, y que, sin embargo, son conocidos de la gran mayoría, tenemos la *Carta* llamada *de Santiago*, la *de Judas* y la *II de Pedro*, así como las que se dicen ser *H* y *III de Juan*, ya sean del evangelista, ya de otro del mismo nombre.

Entre los espurios colóquense el escrito de los *Hechos de Pablo*, el llamado *Pastor* y el *Apocalipsis de Pedro*, y además de éstos, la que se dice *Carta de Bernabé* y la obra llamada *Enseñanza de los Apóstoles*, y aun, como dije, si parece, el *Apocalipsis de Juan*: algunos, como dije, lo rechazan, mientras otros lo cuentan entre los libros admitidos.

. Mas algunos catalogan entre éstos incluso el *Evangelio de los hebreos*, en el cual se complacen muchísimo los hebreos que han aceptado a Cristo. Todos éstos son libros discutidos.

Pero hemos creído necesario tener hecho el catálogo de éstos igualmente, distinguiendo los escritos que, según la tradición de la Iglesia, son verdaderos, genuinos y admitidos, de aquellos que, diferenciándose de

éstos por no ser testamentarios, sino discutidos, no obstante, son conocidos por la gran mayoría de los autores eclesiásticos, de manera que podamos conocer estos libros mismos y los que con el nombre de los apóstoles han propalado los herejes pretendiendo que contienen, bien sean los *Evangelios de Pedro, de Tomás, de Matías* o incluso de algún otro distinto de éstos, o bien de los *Hechos de Andrés, de Juan* y de otros apóstoles. Jamás uno sólo entre los escritores ortodoxos juzgó digno el hacer mención de estos libros en sus escritos.

Pero es que la misma índole de la frase difiere enormemente del estilo de los apóstoles, y el pensamiento y la intención de lo que en ellos se contiene desentona todavía más de la verdadera ortodoxia: claramente demuestran ser engendros de herejes. De ahí que ni siquiera deben ser colocados entre los espurios, sino que debemos rechazarlos como enteramente absurdos e impíos.

Continuemos ahora nuestro relato.

(3, 25; BAC 349, 163-166)

Sobre San Ignacio de Antioquía y sus cartas:

Brillaba por este tiempo en Asia Policarpo, discípulo de los apóstoles, al que habían confiado el episcopado de la iglesia de Esmirna los testigos oculares y ministros del Señor.

A la vez adquirían notoriedad Papías, obispo también de la iglesia de Hierápolis, e Ignacio, el hombre más célebre para muchos todavía hasta hoy, segundo en obtener la sucesión de Pedro en el episcopado de Antioquía.

Una tradición refiere que éste fue trasladado de Siria a la ciudad de Roma para ser pasto de las fieras, en testimonio de Cristo.

Al ser conducido a través de Asia, bajo la vigilancia cuidadosísima de los guardianes, iba dando ánimos con sus charlas y exhortaciones a las iglesias de cada ciudad donde hacían parada. En primer lugar los exhortaba a que sobre todo se guardasen de las herejías, que precisamente por entonces comenzaban a pulular, y los excitaba a aferrarse sólidamente a la tradición de los apóstoles, que, por estar ya él a punto de sufrir martirio, creía necesario poner por escrito en gracia a la seguridad.

Y así fue que, hallándose en Esmirna, donde estaba Policarpo, escribió una carta a la iglesia de Éfeso, haciendo mención de Onésimo, su pastor, otra a la de Magnesia, la que está sobre Meandro, mencionando igualmente al obispo Damas, y otra a la de Trales, cuyo jefe era por entonces, dice, Polibio.

Además de éstas, escribió también a la iglesia de Roma una carta en que va exponiendo su súplica de que no intercedan por él, no sea que le priven del martirio, su anhelada esperanza. En apoyo de lo que hemos dicho, bien será citar algunos pasajes de dichas cartas, aunque sean brevísimos.

Escribe, pues, textualmente:

Desde Siria hasta Roma vengo luchando con fieras por tierra y por mar, de noche y de día, atado a diez leopardos, esto es, un piquete de soldados que se vuelven peores con el bien que se les hace. Mas con sus malos tratos más y más soy discípulo. Sin embargo, no por eso estoy justificado.

¡Ojalá pudiera yo gozar de las fieras que me están preparadas! Pido hallarlas bien expeditas para conmigo. Llegaré hasta a adularlas para que me devoren prontamente y no me hagan lo que a algunos, que por temor no los tocaron, y si se hacen las remolonas y no quieren, yo mismo las forzaré.

Perdonadme. Yo sé lo que me conviene. Ahora estoy comenzando a ser discípulo. Que ninguna cosa ni visible ni invisible tenga celos de que yo alcance a Jesucristo. Fuego y cruz y manadas de fieras, dispersión de huesos, destrozamiento de miembros, trituración del cuerpo todo y tormentos del diablo vengan sobre mí, con tal solamente que yo alcance a Jesucristo.

Esto escribía desde la ciudad mencionada a las iglesias que hemos enumerado. Mas hallándose ya lejos de Esmirna, desde Tróade se pone a conversar, asimismo por escrito, con los de Filadelfia y con la iglesia de Esmirna, y en particular con Policarpo, que la presidía. Reconociendo a éste como varón verdaderamente apostólico y porque él mismo era pastor legítimo y bueno, le confía su propio rebaño de Antioquía y le pide que se preocupe de él con solicitud (...).

Esto es lo que se refiere a Ignacio. Después de él, recibió la sucesión del episcopado de Antioquía Heros.

(3, 36; BAC 349, 182-186)

La predicación del evangelio:

Entre los que por este tiempo eran famosos, estaba también Cuadrato, del cual refiere una tradición que sobresalía en el carisma profético, junto con las hijas de Felipe. Y también eran célebres entonces, además de éstos, otros muchos que tuvieron el primer puesto en la sucesión de los apóstoles. Estos magníficos discípulos de tan grandes hombres edificaban sobre los cimientos de las iglesias echados anteriormente en cada lugar por los apóstoles, acrecentaban más y más la predicación y sembraban por toda la extensión de la tierra habitada la semilla salvadora del reino de los cielos.

Efectivamente, muchos de los discípulos de entonces, heridos en sus almas por la palabra divina con un amor muy fuerte a la filosofía, primeramente cumplían el mandato salvador repartiendo entre los indigentes sus bienes, y luego emprendían viaje y realizaban obra de evangelistas, empeñando su honor en predicar a los que todavía no habían oído la palabra de la fe y en transmitir por escrito los divinos evangelios.

Estos hombres no hacían más que echar los fundamentos de la fe en algunos lugares extranjeros y establecer a otros como pastores, encargándoles el cultivo de los recién admitidos, y en seguida se trasladaban a otras regiones y a otras gentes con la gracia y la cooperación de Dios, puesto que por medio de ellos seguían realizándose aún entonces muchos y maravillosos poderes del Espíritu divino, de suerte que, desde la primera vez que los oían, muchedumbres enteras de hombres recibían en masa con ardor en sus almas la religión del Creador del universo.

Siéndonos imposible enumerar por su nombre a todos los que en la primera sucesión de los apóstoles fueron pastores e incluso evangelistas en las iglesias de todo el mundo, es natural que mencionemos por sus nombres y por escrito solamente a aquellos de los cuales se conserva la tradición todavía hasta hoy gracias a sus memorias de la doctrina apostólica.

(3, 37; BAC 349, 186-188)

El milenarismo de Papías de Hierápolis:

El mismo Papías cuenta además otras cosas como llegadas hasta él por tradición no escrita, algunas extrañas parábolas del Salvador y de su doctrina, y algunas otras cosas todavía más fabulosas.

Entre ellas dice que, después de la resurrección de entre los muertos, habrá un milenio, y que el reino de Cristo se establecerá corporalmente sobre esta tierra. Yo creo que Papías supone todo esto por haber tergiversado las explicaciones de los apóstoles, no percatándose de que éstos lo habían dicho figuradamente y de modo simbólico.

Y es que aparece como hombre de muy escasa inteligencia, según puede conjeturarse por sus libros. Sin embargo, él ha sido el culpable de que tantos escritores eclesiásticos después de él hayan abrazado la misma opinión que él, apoyándose en la antigüedad de tal varón, como efectivamente lo hace Ireneo y cualquier otro que manifieste profesar ideas parecidas.

(3, 39, 11-13; BAC 349, 193)

Eusebio, testigo de la última persecución:

Mas los ultrajes y dolores que soportaron los mártires de Tebaida sobrepasan toda descripción. Les desgarraban todo su cuerpo empleando conchas en vez de garfios, hasta que perdían la vida; ataban a las mujeres por un pie y las suspendían en el aire mediante unas máquinas, con la cabeza para abajo y el cuerpo enteramente desnudo y al descubierto, ofreciendo a todos los mirones el espectáculo más vergonzoso, el más cruel y el más inhumano de todos.

Otros, a su vez, morían amarrados a árboles y ramas: tirando con unas máquinas juntaban las ramas más robustas y extendían hacia cada una de ellas las piernas de los mártires, y dejaban que las ramas volvieran a su posición natural. Así habían inventado el descuartizamiento instantáneo de aquellos contra quienes tales cosas emprendían.

Y todo esto se perpetraba no ya por unos pocos días o por breve temporada, sino por un largo espacio de años enteros, muriendo a veces más de diez personas, a veces más de veinte; en otras ocasiones, no menos de treinta, y alguna vez hasta cerca de sesenta; y aun hubo vez que en un solo día se dio muerte a cien hombres, por cierto con sus hijitos y sus mujeres, condenados a varios y sucesivos castigos.

Y nosotros mismos, hallándonos en el lugar de los hechos, observamos a muchos sufrir en masa y en un sólo día, unos, la decapitación, y otros, el suplicio del fuego, hasta llegar el hierro a embotarse a fuerza de matar y a partirse en pedazos a puro desgaste, mientras los mismos asesinos se turnaban entre sí por el cansancio.

Entonces pudimos contemplar el ímpetu admirabilísimo y la fuerza y fervor realmente divinos de los que han creído y siguen creyendo en el Cristo de Dios. Efectivamente, aún se estaba dictando sentencia contra los primeros y ya de otras partes saltaban al tribunal ante el juez otros que se confesaban cristianos, sin preocuparse en absoluto de los terribles y multiformes géneros de tortura, pero sí proclamando impasibles, con toda libertad, la religión del Dios del universo y recibiendo la suprema sentencia de muerte con alegría, regocijo y buen humor, hasta el punto de cantar salmos, himnos y acciones de gracias al Dios del universo hasta exhalar el último aliento.

(8, 9; BAC 350, 522-524)